

DANIEL SAMPER PIZANO

Nuevas lecciones  
de historia  
de Colombia

Desde la Independencia hasta ahorita

ILUSTRACIONES DE MICO



EL ÁNCORA EDITORES

## CONTENIDO

¡Que viva la República!	11
Sí, sí, Colombia	19
Godos y cachiporros	29
Guerra es guerra	41
Memorias de guerra del general Incandescente Ramos	54
Sobre mi caballo, yo	64
«Mascachochas»	73
Indios, negros, mujeres y otras bestias	83
El gobierno del mece-mece	91
Bienvenido, Siglo XX	105
El Binomio de Piedra	115
La zanja de la discordia	121
El Reyes que rabió	131
Yo también tuve años veintes	136
Cuadrilla de malhechores	140
La «ejemonía» liberal	143
Aquel terrible 9. IV. 1948	154
Más violencia que en la TV	160
Teniente Supremo, Jefe General	169
Hoy yo, mañana tú	178
El Pre	180
Un hidalgo en Palacio	184
Amigos y amigas	189
El último presidente del Frente Nacional	198

Un decenio para mascar	199
El Masato Caro	207
Hormonado y testiculado	215
¿Sí se puede?	222
El hombre que criaba problemas	230
Operación ji-ji	236
Epílogo	246

---

## ¡QUE VIVA LA REPÚBLICA!

El 17 de diciembre de 1819 fue una jornada de majestuosa solemnidad en el Congreso de Angostura. Después de que los diputados aprobaran por unanimidad la ley fundamental de una nueva nación americana, formada por Venezuela y la Nueva Granada, el presidente del Congreso, Francisco Antonio Zea, se puso de pie y dijo:

—¡La República de Colombia queda constituida! ¡Viva la República de Colombia!

Todos los delegados repitieron emocionados el grito. A renglón seguido, el Libertador Simón Bolívar tomó lápiz y papel y asiento y, empuñando el primero, desplegando el segundo y sentándose en el tercero, sancionó la ley. Se supone que con esta rúbrica, llena de arabescos y figuritas, y con el breve pero entusiasta coro empezaba una nueva era histórica para el país<sup>1</sup>.

---

1. Las otras épocas —pre-colombina, Conquista, Colonia e Independencia— se consiguen por el precio de una sola en la primera

En realidad, muy poco de lo que había dicho Zea era verdad. Para empezar, Zea no se llamaba así, sino Juan Francisco Antonio Hilarión Rodríguez y Díaz. Por otra parte, la anunciada boda de dos naciones iba a ser en realidad una poligamia geopolítica: a Ecuador la consideraban parte de la Nueva Granada —con lo que van tres— y en 1821 el istmo de Panamá habría de declarar su independencia de España para incorporarse a Colombia, con lo que llegamos cuatro.

Además, la pomposa república no era más que un proyecto de buena voluntad, que incluía cambiar a Santafé su nombre por el de Bogotá y, más tarde, por el de Las Casas. Con esto no se pretendía atacar de manera anticipada el problema de la vivienda que hoy padece la ciudad, sino rendir homenaje al cura que alzó en brazos a la capital cuando estaba recién nacida. Es posible que, con el tiempo, un nombre más adecuado habría sido el de Los Huecos.

Por último, aquello de «viva la República» resultaba también un poco ingenuo. No era cierto que la república viviera. Al menos, no era cierto que viviera tan sabrosamente como lo proclamaba el grito. En ese momento, 1819, aún existían dudas sobre el éxito final de la empresa libertadora, y cada prócer tenía una teoría acerca de la manera como debía organizarse la nueva nación. A Bolívar, por ejemplo, le sonaba mucho una monarquía y a otros les sonaba que Bolívar fuera ese monarca. A la mayoría le sonaba que Bolívar se había chiflado.

Entretanto, seguían celebrándose batallas contra los españoles en muchos lugares del territorio, y ciertas zonas

---

parte de este tratado de historia: *Lecciones de historia de Colombia*, de Daniel Samper Pizano (El Áncora Editores, Bogotá, 1993), que no vacilamos en recomendar.

se hallaban bajo el control de criollos aliados de los chapetones. En Pasto, por ejemplo, un astuto y valeroso indígena, Agustín Agualongo, derrotó a los ejércitos patriotas y fundó un virreinato que ejercía un tipo de nombre Estanislao Merchancano. A los lugareños les parecía impo- nente proclamarse súbditos de Su Majestad Fernando VII, personaje cruel y bastante bestia; empero, les gustaba bastante menos que el virrey fuera don Estanislao, un pobre hombre que tenía mal aliento y cargaba peinilla en el bolsillo trasero del pantalón. Agualongo pretendió luego apoderarse de Quito, pero se equivocó de rumbo y marchó hacia el norte. No se ha vuelto a saber de él<sup>1</sup>.

Cualquiera podría pensar que una organización política nacida con tantos remiendos iba a tener una vida llena de complicaciones. No en este caso. Aquí la primera compli- cación fue prácticamente la última. En 1821 se celebró el Congreso Constituyente de Cúcuta, convocado para re- frendar y ponerle espinazo a la acordado en Angostura. Y en 1830, cuando aún no había cumplido doce primaveras, se disolvió la Gran Colombia.

Si somos sinceros, el verbo disolver es demasiado be- névolo para describir lo que ocurrió. No fue que la Gran Colombia se licuara suavemente hasta desaparecer. La ver- dad es que la Gran Colombia estalló, se volvió añicos, quedó destrozada y atomizada, y cada quien agarró por su lado. Presionados por las fuerzas armadas, el doctor Joaquín Mosquera y el general Domingo Caicedo, presi- dente y vicepresidente de la nueva República, se vieron obligados en 1830 a abandonar sus cargos y dejarlos en garras del ministro de defensa. Mientras el primero se marchaba a Estados Unidos —«No hay popayanejo que

---

1. Es curioso, pero a todos los pastusos importantes les da, tarde o temprano, por apoderarse de Quito.

no quiera conocer a Disneylandia, amigo reportero», declaró a la prensa— y el segundo a su hacienda en Saldaña —«Añoro la leche con bizcochos de achiras al pie de la vaca, compadre», fue su explicación—, se instaló en el poder el general Rafael Urdaneta.

Quedaba así inaugurada, con gran pompa y solemnidad, la Primera Dictadura Militar en territorio grancolombiano. Si en esa época hubieran extendido patentes por esta clase de inventos, los descendientes del militar venezolano serían hoy multimillonarios, habrían irrumpido en la política y algunos de ellos posiblemente estarían presos. En fin, no hay mal que por bien no venga.

### **Sobre héroes y tumbis**

Lo que siguió a la dictadura de Urdaneta fue el despelote institucional y territorial. El 10 de agosto Ecuador se declaró Estado Libre e Independiente; y, además, Estado Ambicioso y Oportunista, pues resolvió anexarse de una vez a Popayán, Pasto y Buenaventura y, de paso, el Cauca entero y lo que es hoy el departamento del Valle, incluyendo las arepas de pipián, el maestro Valencia, las discotecas de Juanchito, los helados de Jamundí, el jugo de mandarina de Los Turcos, los hermanos Carvajal y el champús de Lola, con todo y Lola.

Siguiendo el mal ejemplo, el 23 de septiembre se proclamó la Nueva República de Venezuela. Y si Bosnia-Herzegovina no aprovechó el momento para independizarse también, es porque no estaba segura de pertenecer a la Gran Colombia. A estas horas aún no se sabe.

La feroz desbandada de provincias y caudillos fue una lástima, porque la nueva república ya tenía de todo, desde escudo de armas hasta deuda externa. El escudo era un